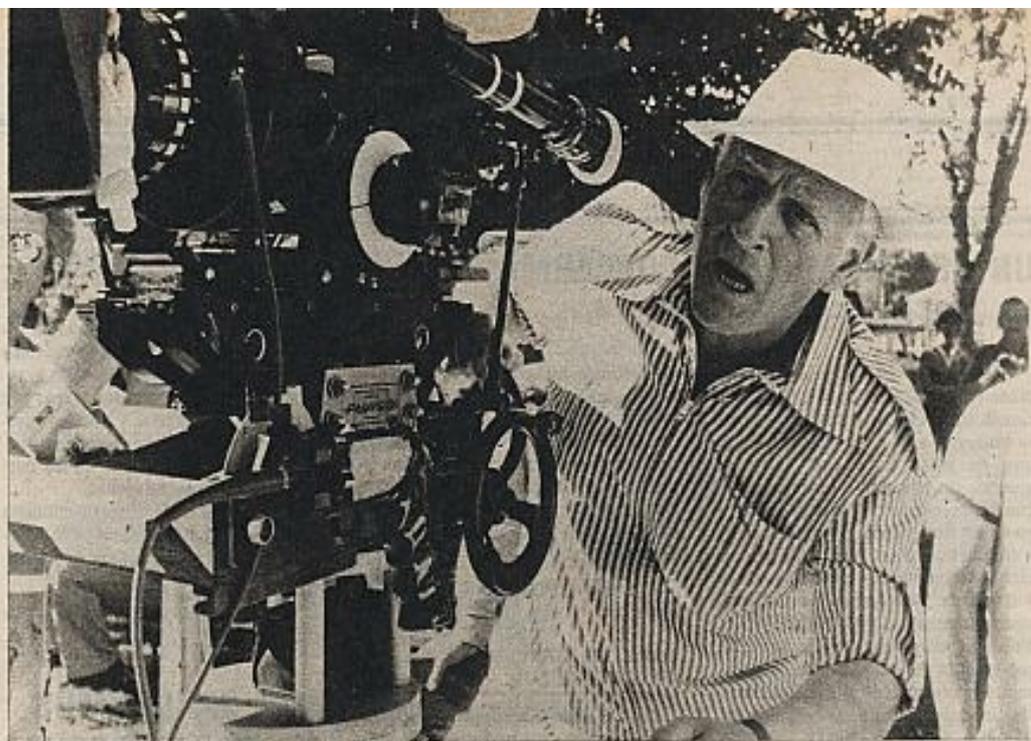


Stanley Kramer tiene sesenta y cinco años. Puede recordar, perfectamente, los años del "crack" y de la gran depresión, cuando había suicidios en las ciudades, la ruina llegó a muchas familias y los campesinos del Sur, como cuenta Steinbeck, tuvieron que emigrar en busca de un pedazo de pan para no morir. No quiere que eso vuelva, pero permanece atónito ante el futuro. No sabe qué va a pasar y apenas puede plantearse preguntas. En su vida profesional ha producido 35 películas, de las cuales ha dirigido 18. Entre las producidas, "Hombres", "Muerte de un viajante", "Cyrano de Bergerac", "Solo ante el peligro"; entre las que dirigió personalmente, "El juicio de Nuremberg", "El barco de los locos" o "El mundo está loco, loco, loco". Ahora ha estrenado la última: "The runner stumbles" ("El corredor que tropieza"), que se ha lanzado con el absurdo título de "Más allá del amor".

Este veterano director es un anciano fornido y resistente. Habla en voz muy alta y subraya sus palabras con tajantes gestos de una mano corta y dura. No se sabe por qué, su aspecto recuerda al de su actor favorito, Spencer Tracy: como él lleva el pelo blanco, muy corto, y su cara es rojiza y saludable. Tiene una extraña risa que es como un murmullo. Ríe como para sí mismo.



## STANLEY KRAMER: Solo ante el peligro

Entrevista por DIEGO GALAN y RAMIRO CRISTOBAL

**C**UANDO se instala ante una mesa redonda de la habitación de su hotel parece sentirse a sus anchas. Tiene ganas de hablar de su película y explicar, uno por uno, los pormenores de su drama rural.

—Usted ha dicho, en diversas declaraciones, que lo que se ha planteado, con esta película, es hacerse la pregunta de "¿en qué cree el hombre?". Esto no parece muy claro: seguramente todos los hombres creen en algo. ¿En qué sentido está hecha esta pregunta?

—Pienso que en la actualidad se ha perdido el sentido de los valores. No se cree en la moral, ni en algo por lo que luchar. Sin ir más lejos, en mi país, yo creía que vivía en una democracia y la criticaba en sus aspectos más negativos, porque estaba en mi derecho el hacerlo. Pero nunca pude imaginar todo lo que hacían la CIA o el FBI. El caso Watergate fue el principio del fin de algo muy sólidamente arraigado en las gentes de mi país: la creencia en la Presidencia. También creía que la industria americana fabricaba autos seguros. No es así. Y este engaño se extiende a ámbitos tan diversos como la crisis energética o el deporte. No hay un sentido de integridad en ningún aspecto de la vida.

—Realmente, es cierto que toda su filmografía anterior refle-

ja, igualmente, diversas etapas de crisis que ocurren en su país. En sus películas están las crisis de la posguerra, de McCarthy. ¿Cree que hay alguna semejanza entre esas épocas y la actual?

—Cuando hice esas películas como productor o director —"Solo ante el peligro", "Hombres", "El salvaje", etcétera— era mucho más joven y mucho más "positivo" en mi crítica. Hoy ya no lo soy en absoluto y ni siquiera creo en cosas que creía antes. No estoy seguro siquiera de que crea en algo. Me hago preguntas continuamente y las hago, también a los demás. Por ejemplo, esta película, en la que personalmente no tengo muchas esperanzas, pero que está hecha para formular la pregunta de si un hombre puede mantener el rumbo de su vida a base de creer profundamente en algo. No es que yo comparta las creencias del sacerdote; yo tengo una clara simpatía por la Hermana Rita, que creo está en una postura más liberal, pero tengo que reconocer que apruebo el creer en algo. A nuestra civilización la va a barrer el no creer en nada.

—Esa misma sensación de pesimismo en la condición humana es la que hay, por ejemplo, en "El mundo está loco, loco, loco"...

—No. No lo creo. No hay allí

un punto de vista específico sobre la condición humana. Es simplemente la constatación de lo avara que es la gente. La búsqueda del dólar, sobre todo. Incluso sin saber dónde está el dinero o si siquiera existe. El humor tiene unas claves extrañas; un hombre que tropieza con una cáscara de plátano y cae no es divertido, pero la gente se ríe. Eso sí está en la condición humana: el divertirse con la desgracia y el ridículo ajenos.

—Volviendo a "Más allá del amor". Sería interesante referirse a la posible aportación de los actores. Parece difícil, porque éstos aparecen la mayor parte del tiempo sentados o quietos de pie; la mayor parte del tiempo conversando. ¿Han podido introducir matices personales en la película?

—Sí. Hay muchas cosas que pueden hacer. Por ejemplo, Dick van Dyke, que es un gran actor, tras la escena en que miente a un superior y traiciona a su divinidad, va a la iglesia a pedir clemencia ante el altar. Fue a él mismo al que se le ocurrió golpear con la cabeza contra la barandilla. Esta acción de autocastigo no estaba en los planes del director.

—Hay un personaje en la película que es interesante. Se trata

de la señora Shanding, el ama del sacerdote. Tomando de nuevo lo que decíamos antes, de lo que los hombres creen, resultaría que es ella la que tiene una creencia más arraigada y más profunda y, sin embargo, es el "villano" de la tragedia. Hay que preguntarse si hay una escala de valores en las creencias.

—No. No creo eso. ¿Por qué?

—Bueno. Ella cree tanto y tan profundamente en la moralidad y en el sentido de la culpabilidad, según la ética católica, que la lleva a realizar una acción extrema. Es posible que su creencia sea fanática o supersticiosa, pero tiene un origen clarísimo.

—No lo sé. Sentiría que ella representase la moralidad católica. En la película sólo he querido que sea lo que parece: medio amante, medio madre del sacerdote. Cuando ella descubre que el sacerdote y la monja se han enamorado trata desesperadamente de proteger a aquél. Y, sin embargo, yo creo que ella no es la gran culpable. Yo diría que quien lo es son las leyes eclesásticas, que impiden a aquellas dos personas consagradas a Dios llevar adelante su amor. Esto es lo que me pone enfermo. Me recuerda cuando hice "Inherit in the wind", una película no estrenada en España. Trata sobre un

profesor que intenta enseñar a Darwin y es perseguido por ello; en un momento dado, Spencer Tracy dice: "Darwin nos dio una idea de dónde procedemos, pero para discutirla debemos abandonar totalmente la cómoda explicación del Génesis". Bueno, pues eso me valió ser considerado poco menos que el Anticristo por amplios sectores de la América reaccionaria. Ni entonces ni ahora quise hacer una película religiosa. Tomé elementos de la religión para plantear entonces el problema de la persecución intelectual y ahora para plantearme una pregunta para mí fundamental: si un hombre logrará encontrar un camino a través de una de las entregas más fuertes que se conocen.

—Por lo que respecta al personaje principal, el sacerdote, seguimos echando de menos verle en su ambiente cotidiano: trabajando con la gente, tratando con sus superiores, etcétera. El hecho de que está en crisis lo vemos desde el principio, pero nos gustaría saber más exactamente por qué lo está.

—En algunas secuencias se trata de mostrarle en contacto con los vecinos del pueblo, en la escuela, en el supermercado, etcétera. De todas formas es posible que esto sea verdad y sea culpa mía el no haberme extendido en este aspecto.

—Insistimos sobre el tema de creer o no creer en algo. No basta con determinar si el hombre cree o no. Interesa más saber si en lo que cree es positivo o negativo. Es indudable que Hitler y San Francisco, Bertrand Russell y un vagabundo creían en algo...

—Sí, está claro. Lo que pasa es que hay que plantearse en que cree la gente hoy en día. Hace veinte años que no había estado en España. Ahora ya he hablado con tres personas y las tres me han dicho que en cierto sentido echan de menos a Franco. Esto me indica que hay en la gente, a causa de su falta de creencias, un sentimiento de desorientación, de desamparo. Hoy es difícil creer incluso en la libertad. A veces he estado en la Unión Soviética y he hablado con algunos de sus disidentes que se quejan de falta de libertad para expresarse. Indudablemente tienen razón, pero cuando se vuelve a Occidente y se ven las trabas que existen a la expresión, uno se pregunta dónde está la libertad. Recuérdese cuando las personas en Estados Unidos quisieron desarrollar los derechos civiles

contenidos en la Constitución, inmediatamente fueron silenciados llamándoles comunistas, radicales, etcétera. Yo lo sé bien: en mis películas he tratado de defender la igualdad entre negros y blancos, de denunciar el peligro nuclear o apoyar el derecho a la libre enseñanza. Todas y cada una de ellas ha sido duramente atacada y puesta en cuestión.

—A nosotros nos ha sorprendido que la narrativa americana, que era antes algo muy fluido y muy ensamblado, en esta película es todo muy discursivo, muy lento, y realmente no sucede nada y lo que sucede ya lo estás viendo desde el principio sin que haya una tensión dramática...

—Bueno, eso es una sensación personal. No puedo discutirlo. Quizá deba recordar que la

—Esto puede ser alguno de los problemas que comporta el llevar una obra de teatro al cine. Se ha intentado cambiar lo más posible. Ahora mismo no puedo juzgar si esto es verdad, es posible que dentro de un par de años pueda hablar de este aspecto con más imparcialidad. Yo siempre he tenido un sentido muy peculiar de sentir la dinámica que debía tener una película, pero ésta la he hecho con más calma.

—Como si fuera una película europea...

—Sí. Pero quizá si hubiera sido una película europea hubiera sido mejor recibida. Lo cierto es que quizá hubiera tenido que fijarme más en lo que la gente del pueblo siente y piensa, aunque creo que mi película es algo que atañe sólo a los dos personajes.



Dick van Dyke y Kathleen Quinlan, en una escena de "Más allá del amor", última película producida y dirigida por Kramer.

acción transcurre en un pueblo pequeño donde las cosas requieren un ritmo muy lento, muy pausado. Son lugares en los que, desde ese punto de vista, apenas pasa nada. A lo mejor, con esta moda que hay de monstruos espaciales y guerras de galaxias no somos capaces de captar bien el valor del diálogo.

—Sin embargo, hay escenas en la película en las que la monja y el sacerdote se cuentan el pueblo, pero los espectadores no lo hemos visto ni sentido hasta entonces.

—Tras de la historia de amor entre el sacerdote y la monja, hay un "segundo protagonista", que es la intolerancia, la presión de las gentes del pueblo. Esto era algo común en la literatura avanzada de los años treinta. La pregunta es si hoy, en mil novecientos ochenta, cree que todo continúa de manera similar y, por tanto, su película mantiene una vigencia de denuncia actual.

—Sí. Creo que sí. Es tremendo el prejuicio que hay hacia los católicos en las pequeñas comunidades americanas.

—No. No hablamos sólo de prejuicio religioso, sino de otras clases. En la película se dice que "si algo odian más que a los católicos es al sexo". Es decir, el prejuicio es no sólo contra los católicos, sino contra el amor, contra una vida libre y anticonvencional, etcétera.

—Sí. Desde luego. No lo voy a defender. Lo que sí quiero decir es que entre mil novecientos veintisiete y mil novecientos ochenta ha ocurrido una serie de "revoluciones" que abarca a los negros, las mujeres, los católicos. Tantas cosas...

—¿Y cómo está usted ante esta aceleración?

—Yo estoy en un momento crucial de mi vida en la que muchas creencias y esperanzas me han abandonado. A veces pienso escribir libros o empezar una columna en un diario. Todo esto quiere decir que dejaría el cine. Sin embargo, luego pienso que al final volveré, porque es lo único que he hecho y es casi lo único que sé hacer. Sin embargo, no sé cómo voy a enfocar mi vida profesional en un momento de grandes cambios, de una gigantesca aceleración, de revolución en el cine, en los estudiantes y en las mujeres. Era fácil saber en lo que creer en los años cincuenta y sesenta. Entonces, ser liberal era algo avanzado. Yo, realmente, no lo era. No sé siquiera qué significa la palabra liberal. Yo era un hombre que trataba de defender lo mejor de la persona humana. Lo que ocurre es que ahora mismo no sé bien qué es lo bueno en el hombre.

—Es obligado preguntarle si está preparando algo, quizá en esa línea de preguntas que se está haciendo a sí mismo.

—Sí, estoy preparando una comedia sobre unos jeques árabes del petróleo. Y una película, también en clave de humor, que trata de tres borrachos conversando en la barra de un bar. Ellos son Walter Matthau, Jack Lemmon y Sidney Poitier. Están en la misma onda de desencanto que yo mismo. Uno de ellos, por ejemplo, es un profesor de Historia que se ha dado cuenta de que sus alumnos, en los veinte años que lleva enseñando, no le han atendido una palabra. Continuamente les pregunta: "¿Han oído siquiera algo de lo que les digo?". Y los alumnos le responden con toda naturalidad que la Historia es inútil porque, en definitiva, es lo mismo Franklin D. Roosevelt que Nixon. ■